



DESY ICARDI
EL AROMA
DE LOS
LIBROS

DOSIER DE PRENSA

AdN



Desy Icardi nació en Turín, ciudad en la que vive y trabaja como formadora en empresas, actriz y redactora de contenidos. En el 2004 se licenció en Artes, Música y Espectáculos, y desde 2006 trabaja en el teatro también como autora, directora y cabaretera bajo el pseudónimo «la Desy». En el 2013 creó Patataridens, el primer blog italiano dedicado a la comedia femenina, y asumió la co-dirección de Facciamo la Lingua, una escuela de escritura y comunicación. *El aroma de los libros* es su primera novela y ha sido todo un éxito de ventas en Italia. Su argumento surgió de una reflexión de la autora sobre el valor que se otorga a los libros como objeto a raíz de desarrollar una discapacidad visual que le hacía difícil leer en papel.

AdNovelas.com

Si pudiera leerse con el olfato, ¿cuál sería el aroma de los libros?

¿A qué olería *El Quijote*?

¿Y *Las mil y una noches*?

«Una joya de gran delicadeza y humor, pero, sobre todo, un homenaje al poder de la lectura». *Il Foglio*

«Más allá de la fascinante trama, quien ame los libros no podrá evitar verse transportado por la estela de aromas que Adelina percibe cada vez que olfatea un texto». *Libero*

«Entre páginas leídas con la nariz e historias escritas en todas las lenguas del mundo, *El aroma de los libros* nos presenta con todo detalle también la Turín de los años sesenta, una ciudad que hoy ya no existe». *Corriere della Sera*

«Una novela divertida, con ritmo de comedia, que alcanza sus mejores momentos en la dinámica entre los personajes». *La Stampa*

«Desy Icardi desarrolla una intriga fantasmagórica que habría encantado a Calvino». *Il Mattino*



5 MARZO

Traducción de Xavier González

ADN ALIANZA DE NOVELAS

15,5 x 23 | 384 pp | Cartoné

978-84-9181-809-0 | 3455146

€ 21,00



La génesis de *El aroma de los libros*

La autora, Desy Icardi, ha escrito para nosotros un artículo en el que explica el nacimiento de la idea que dio origen a la novela

En los primeros veinte años de mi vida, consideraba la lectura «un hecho», un hábito cotidiano que llevaba a cabo con placer, pero sin darle demasiada importancia, algo así como dormir y comer, actos de cuya necesidad nos damos cuenta tan solo cuando faltan.

La lectura era un lujo que daba por sentado hasta que, debido a una enfermedad, mi vista empezó a menguar.

A medida que la enfermedad progresaba, mi nariz se acercaba inexorablemente a las páginas, y cuando aplastarme contra el papel ya no fue suficiente, empecé a leer al estilo de Sherlock Holmes, con la ayuda de una lupa.

De ser un mero hábito, la lectura se convirtió en un placer incalculable que tan solo podía permitirme en pequeñas dosis y que, día a día, se me iba haciendo cada vez más agotador y valioso.

Cuando la escasa visión residual estaba a punto de obligarme a rendirme, mi «carrera» como lectora se salvó con la llegada de los libros electrónicos, que ofrecían la posibilidad de agrandar el tipo de letra para que fuera utilizable también para los lectores con discapacidad visual.

La compra de mi primer libro electrónico fue fruto de infinitas elucubraciones porque, como muchísimos lectores, veía en ese nuevo instrumento un peligro potencial para los libros de papel y las librerías.

Sin embargo, el deseo de poder leer de nuevo prevaleció sobre todas mis dudas, y la lectura empezó de nuevo a hacerme compañía en el calor de la cama, en la mesa del bar o en el asiento del tranvía.

Fue precisamente en el tranvía —Turín, línea diez— donde maduré la idea sobre la que se asienta la novela *El aroma de los libros*.

Preguntarse si los pasajeros de tranvía y autobús se convierten en lectores para aligerar el aburrimiento del viaje, o si los lectores eligen estos medios de transporte para tener la oportunidad de leer durante sus desplazamientos es como preguntarse si fue antes el huevo o el gallina; en todo caso, los transportes públicos son salas de lectura semovientes, en las que los lectores se sientan unos al lado de otros. Hace unos diez años, los lectores digitales eran una rareza y, a veces, durante mis viajes en tranvía, podía suceder que un lector «tradicional» me hiciera pre-

guntas sobre mi libro electrónico: «¿Es cómodo? ¿Cansa la vista?».

Inevitablemente, a mis respuestas las seguía un monólogo de mi interlocutor, acerca de los motivos por los que nunca se convertiría a la lectura digital: la fascinación de los libros como objetos, el contacto con el papel y, sobre todo, el perfume de los libros.

Me percaté de que mis compañeros de viaje nunca hablaban de olor, sino de perfume: el aroma que inhalaban de las páginas era para ellos algo mágico y delicioso, un accesorio irrenunciable de la lectura.

Por supuesto, el perfume de los libros no era extraño para mí —¿cómo iba a serlo? ¡Durante años había leído con la nariz a pocos milímetros del papel!— y no podía evitar la evocación, con una pizca de nostalgia, de las numerosas fragancias del papel impreso: desde el aroma químico de los libros de texto hasta el perfume polvoriento y levemente almizclado de los libros antiguos.

Aunque entendía perfectamente el amor que los lectores tradicionales sentían por el perfume de los libros, sus argumentos me molestaban un poco: yo no había renegado del papel por un capricho dictado por la moda, ni tampoco por amor a la tecnología; mi elección vino determinada por una pura y urgente necesidad.

Un día, cuando la enésima lectora de tranvía pronunció su elegía sobre el perfume de los libros, mi mente desarrolló un pensamiento un tanto amargo: «El aroma de los libros es ciertamente poético, estoy de acuerdo, ¡pero por desgracia no puedo leer con la nariz!».

Fue en ese momento cuando tuve la idea de una historia, cuya protagonista poseía la capacidad de leer con el olfato.

Comencé a formularme miles de preguntas: ¿qué podía implicar semejante habilidad? ¿Cómo podría emplearse? ¿Cuál sería la reacción de las personas «normales» ante esta capacidad?

Parada tras parada, mi personaje empezó a adquirir sus rasgos, y antes de llegar al final del trayecto ya tenía un nombre, una edad y una personalidad bastante definida.

Escribir *El aroma de los libros* para mí no ha sido solo contar una historia, sino también y, sobre todo, recuperar el aroma de los libros. **Desy Icardi**

El misterio del manuscrito Voynich, por Desy Icardi

Desy Icardi ha escrito un artículo en el que profundiza en el enigma del manuscrito Voynich, eje central de *El aroma de los libros*

Imaginaos que estáis en la bodega de una anciana tía vuestra, tal vez por un motivo muy prosaico, como buscar una lata de conservas, y que os topáis con un documento antiguo, escrito en un idioma desconocido para vosotros.

¿Qué podríais hacer para entender de qué se trata, sin preguntarle a vuestra tía, quien –que esto quede entre nosotros– cada vez rige menos?

Hasta hace unas décadas, llegar al fondo de un enigma tan pequeño habría supuesto innumerables horas de investigación en la biblioteca, pero hoy en día tan solo tenéis que empuñar vuestro smartphone, conectaros a Internet –siempre que en el sótano de vuestra tía haya cobertura–, y teclear las primeras palabras del documento para revelar su idioma; después de lo cual, utilizando un traductor en línea, podríais llegar a comprender, con bastante aproximación, el tema tratado.

A estas alturas, quedan poquísimos misterios que se hayan resistido al desarrollo científico y tecnológico, pero algunos aún escapan tanto a la comprensión humana como a las más modernas inteligencias artificiales, y uno de estos es el enigmático manuscrito Voynich, que quise incluir en la trama de mi novela, *El aroma de los libros*.

A la edad de catorce años, Adelina, la protagonista de mi novela, pierde misteriosamente su capacidad de lectura, pero, de manera igualmente inexplicable, adquiere la destreza de leer con su olfato. En contacto con un libro, Adelina percibe aromas que proyectan en su mente historias e imágenes; su olfato es capaz de interpretar incluso textos en lenguas extranjeras e inexpugnables códigos cifrados. Aunque Adelina intenta ocultar sus facultades, alguien las descubre y pretende servirse de ellas para revelar uno de los últimos secretos aún por resolver, es decir, el inexplicable manuscrito Voynich, el libro más misterioso de la historia de la humanidad.

El manuscrito Voynich es un códice ilustrado, hallado en 1912 en la biblioteca del colegio jesuita de Villa Mondragone, cerca de Frascati, por Wilfrid Voynich, un comerciante de libros raros de origen polaco.

El manuscrito está escrito en un idioma –o tal vez un código– que nadie ha logrado descifrar todavía, ni los eruditos más ingeniosos, ni las inteligencias artificiales más sofisticadas.

Las escasas informaciones seguras sobre el manuscrito se encuentran en una carta de 1665 de un tal Johannes Marcus Marci, rector de la Universidad de Praga, así como médico privado de Rodolfo II de Bohemia; una



carta que el propio Voynich halló en el interior del manuscrito. Marci le había enviado el volumen a Roma a su amigo y erudito Athanasius Kircher para que intentara descifrarlo. En la carta, Marci declaraba que el libro se lo había entregado un amigo farmacéutico, quien lo había recibido a su vez de Rodolfo II de Bohemia.

Excéntrico y culto, Rodolfo II tenía en alta estima el arte alquímica, hasta al punto de dar cobijo en sus dependencias a más de cien alquimistas, a quienes alojó en lo que todavía hoy se conoce como «el Callejón del oro de Praga».

Una de las hipótesis más difundidas sobre el manuscrito Voynich supone que se trata de una sofisticada estafa a expensas de Rodolfo II de Bohemia, realizada por un experto en artes alquímicas sin identificar, quien le habría vendido el volumen, realizado por él mismo, haciéndolo pasar por el diario de Roger Bacon, por el que le sacó la cuantiosa suma de seiscientos ducados venecianos.

Muchos fueron los alquimistas a quienes se atribuyó la autoría del manuscrito: además del ya mencionado Bacon, también el inglés John Dee y su colega Edward Kelley, conocido este último por su capacidad de hablar con los ángeles gracias a la lengua enochiana.

En mi novela quise rendirle un homenaje a este fascinante alquimista, bautizando con su nombre a uno de los personajes principales, el reverendo Edward Kelley, distinguido estudioso de textos antiguos y severísimo maestro de la joven protagonista.

Después de ser enviado a Roma, el manuscrito ya no regresó a Praga a las manos de su legítimo propietario –lo que sustenta la tesis de quienes consideran un libro prestado como un libro irrecuperablemente perdido–, sino que permaneció durante varios años en la biblioteca del Collegio Romano, para ser transferido más tarde al colegio de Villa Mondragone, donde los padres jesuitas lo vendieron a Wilfred Voynich para pagar obras de restauración.

Por una cruel ironía del destino, el que es hoy uno de los libros más valiosos del mundo no trajo mucha suerte a su descubridor, quien durante toda su vida intentó venderlo sin éxito.

Después de la muerte de Voynich, el manuscrito lo compró, por un precio bastante modesto, otro comerciante de libros antiguos, quien, después de buscar en vano un comprador, resolvió donarlo a la biblioteca de la Universidad de Yale, donde aún se conserva a la espera de que alguien desvele sus secretos.

Mientras leáis sobre el misterioso manuscrito Voynich, con la ayuda de mi smartphone he investigado yo sobre el viejo documento encontrado en la bodega de mi tía, y he descubierto que la lengua en que está escrito es el sueco, y que casi con certeza no se trata de un texto antiguo, sino más bien de unos vulgares papeles que amarillean debido a la humedad; hipótesis confirmada por el hecho de que el documento contiene las instrucciones de montaje de una estantería, qué casualidad, la misma en la que está colocada la lata de conserva, objeto de mi expedición a la bodega.

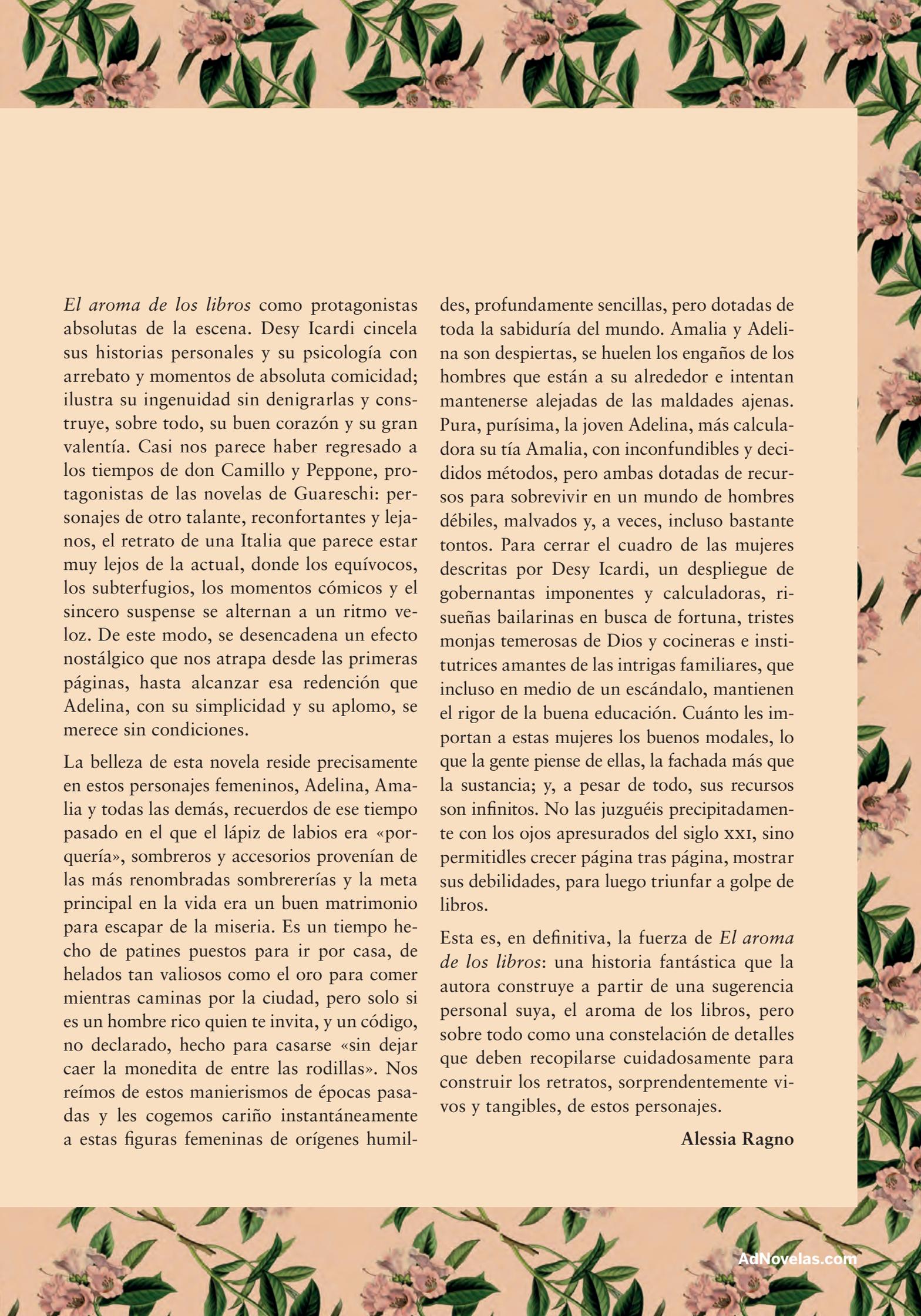
Las mujeres de *El aroma de los libros*, novela de nostalgia y buenas maneras

Alessia Ragno ha escrito una hermosa reflexión sobre las protagonistas femeninas de la novela

La novela de Desy Icardi, *El aroma de los libros*, es una fábula de tiempos pasados. La protagonista es Adelina, una niña muy formal y educada que procede del campo y se encuentra, a los 14 años, asistiendo a una escuela de renombre para señoritas en Turín. Así es como su padre decide protegerla de esos «vagos que podrían atraparla en un establo» y destinarla a un matrimonio equivocado que arruinaría su vida. El increíble don de la joven Adelina es la capacidad de percibir el olor los libros y leerlos no con los ojos, sino con la nariz: la jovencita sigue los acontecimientos de *Los novios*, *Orgullo y prejuicio* y de todos los demás libros que caen entre sus manos, siguiendo un rastro perfumado de flores o un hedor pestilente que le cuenta las historias y los estados de ánimo de las novelas que huele. Quien la acoge en la gran ciudad es su tía Amalia, tan rica como prudente en los gastos, arisca y ta-caña en otras palabras, que ha pasado toda su vida conservando unas propiedades adquiridas de una manera un tanto rocambolesca. En contraposición a las dos protagonistas se encuentran un erudito convertido en profesor de la escuela para señoritas, el estadounidense

don Edward Kelley, y el astuto y fascinante notario Vergnano, quien se inmiscuye en las vidas ajenas para su propio y exclusivo beneficio.

Se perciben con fuerza todos los aromas de esta novela: el olor a pan reventado con tortilla que la tía le prepara a Adelina y que es triste y grasiento, siempre envuelto en un pañuelo lavado y vuelto a lavar para ahorrar en papel; el olor de viejo y gastado de la casa de Amalia, espartana y desnuda para no desperdiciar ni una pizca de riqueza después de la muerte de su adinerado marido; el olor a papel viejo y moho de los libros del buen abogado vecino y de la oscura biblioteca de la escuela; y finalmente el olor a cosméticos y trajes de la gente del teatro de la década de 1930, parte de la antigua vida de Amalia, cuando era una muchachota «alta, esbelta, con un cuerpo rollizo, pero sin estar gorda» y tenía las piernas más hermosas de Turín. Son estos los emocionantes detalles que componen la novela como si fuera un intrincado mosaico, y es gracias a estos pormenores que Adelina y Amalia viven en las páginas de



El aroma de los libros como protagonistas absolutas de la escena. Desy Icardi cincela sus historias personales y su psicología con arrebatos y momentos de absoluta comicidad; ilustra su ingenuidad sin denigrarlas y construye, sobre todo, su buen corazón y su gran valentía. Casi nos parece haber regresado a los tiempos de don Camillo y Peppone, protagonistas de las novelas de Guareschi: personajes de otro talante, reconfortantes y lejanos, el retrato de una Italia que parece estar muy lejos de la actual, donde los equívocos, los subterfugios, los momentos cómicos y el sincero suspense se alternan a un ritmo veloz. De este modo, se desencadena un efecto nostálgico que nos atrapa desde las primeras páginas, hasta alcanzar esa redención que Adelina, con su simplicidad y su aplomo, se merece sin condiciones.

La belleza de esta novela reside precisamente en estos personajes femeninos, Adelina, Amalia y todas las demás, recuerdos de ese tiempo pasado en el que el lápiz de labios era «porquería», sombreros y accesorios provenían de las más renombradas sombrererías y la meta principal en la vida era un buen matrimonio para escapar de la miseria. Es un tiempo hecho de patines puestos para ir por casa, de helados tan valiosos como el oro para comer mientras caminas por la ciudad, pero solo si es un hombre rico quien te invita, y un código, no declarado, hecho para casarse «sin dejar caer la monedita de entre las rodillas». Nos reímos de estos manierismos de épocas pasadas y les cogemos cariño instantáneamente a estas figuras femeninas de orígenes humil-

des, profundamente sencillas, pero dotadas de toda la sabiduría del mundo. Amalia y Adelina son despiertas, se huelen los engaños de los hombres que están a su alrededor e intentan mantenerse alejadas de las maldades ajenas. Pura, purísima, la joven Adelina, más calculadora su tía Amalia, con inconfundibles y decididos métodos, pero ambas dotadas de recursos para sobrevivir en un mundo de hombres débiles, malvados y, a veces, incluso bastante tontos. Para cerrar el cuadro de las mujeres descritas por Desy Icardi, un despliegue de gobernantas imponentes y calculadoras, risueñas bailarinas en busca de fortuna, tristes monjas temerosas de Dios y cocineras e institutrices amantes de las intrigas familiares, que incluso en medio de un escándalo, mantienen el rigor de la buena educación. Cuánto les importan a estas mujeres los buenos modales, lo que la gente piense de ellas, la fachada más que la sustancia; y, a pesar de todo, sus recursos son infinitos. No las juzguéis precipitadamente con los ojos apresurados del siglo XXI, sino permitidles crecer página tras página, mostrar sus debilidades, para luego triunfar a golpe de libros.

Esta es, en definitiva, la fuerza de *El aroma de los libros*: una historia fantástica que la autora construye a partir de una sugerencia personal suya, el aroma de los libros, pero sobre todo como una constelación de detalles que deben recopilarse cuidadosamente para construir los retratos, sorprendentemente vivos y tangibles, de estos personajes.

Alessia Ragno

Si pudiera leerse con el olfato, ¿cuál sería el aroma de los libros? ¿A qué olería *El Quijote*?
¿Y *Las mil y una noches*?



Una novela que habla del amor por los libros a través de una lectora muy especial



Turín, 1957. Adelina tiene catorce años y vive con su tía Amalia. Entre los pupitres del colegio, la muchacha es el hazmerreír de la clase: a su edad no parece capaz de recordar las lecciones. Su severo profesor no le da tregua y decide que la ayude en el estudio Luisella, su brillante compañera. Si Adelina empieza a ir mejor en el colegio no será gracias a la ayuda de su amiga, sino a un don extraordinario del que parece estar dotada: la capacidad de leer con el olfato. Este talento, que Adelina experimenta entre las páginas de polvorientos textos antiguos, representa, no obstante, una amenaza: el padre de Luisella, un notario implicado en negocios no del todo claros, intentará utilizarla para descifrar el célebre manuscrito Voynich, el código más misterioso del mundo.



En un juego de referencias literarias que apasionará al lector, por esta novela desfilan algunos grandes clásicos de la literatura mundial: desde *El Decamerón* a *Ana Karenina*, desde *Jane Eyre* a *Bel ami*, entreverados en la narración con inteligencia y astucia.

AdN



wwwAdNovelas.com
adn@adnovelas.com